

EL RESURGIR DE LA ARMADA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX

(Extraído del libro <<La batalla de El Callao, la increíble historia del renacer de la Armada Española>>, autores Agustín Rodríguez González y tres más; editorial Sekotia, 2021)

España es un país que desconoce profundamente su propia historia. Y esta triste realidad, cuyas consecuencias pagamos a diario en muchos órdenes, se hace aún más evidente en lo que se refiere a nuestra historia naval, sin la cual no puede entenderse la del país. Entre los tópicos acuñados, destaca el de que la Armada española dejó de ser relevante desde Trafalgar. Tópico muy cuestionado, por cierto.

Lo verdaderamente decisivo fue la posterior invasión napoleónica de casi todo el territorio nacional y la tremenda guerra de seis años que devastó al país. Peor aún: las ideas importadas y la enorme crisis padecida llevaron a la «emancipación americana» y a la división en bloques ideológicos de los españoles, que no tardaron en enfrentarse en largas contiendas civiles.

Todo ello condujo a que durante el primer tercio largo del XIX, cuando en otros países se afianzaba la Revolución Industrial, España llegara con retraso y serias carencias para incorporarse a tan decisivo cambio.

En 1808 España seguía siendo la tercera potencia naval del mundo, con cuarenta y dos navíos, treinta fragatas, veinte corbetas, nueve urcas de transporte y no menos de cincuenta bergantines, balandras y goletas. A finales del reinado de Fernando VII, en 1834, solo contaba con tres navíos, tres fragatas, dos corbetas, ninguna urca y apenas seis buques menores.

Tal desmoronamiento no se debió a pérdidas en combate, salvo algún caso aislado, sino a que los buques, faltos del necesario mantenimiento, o fueron desguazados o se perdieron por accidente, mientras que los arruinados arsenales, modelo que habían sido poco antes del diseño y la construcción, apenas recibieron algún encargo menor.

Las urgentes tareas de incrementar la Armada fueron obstaculizadas por las guerras carlistas, que absorbieron casi todos los recursos del Estado

Pero, por primera vez desde hacía mucho, existía una firme voluntad política de rehacer el poder naval español. Así, durante las regencias, entre 1834 y 1844 se adquirieron en el extranjero o se construyeron en España cuatro fragatas, tres corbetas, once bergantines, goletas y pailebotes, y cinco vapores de ruedas.

Pero el gran impulso vino con Isabel II, nacionalizándose en lo posible las construcciones, incluso las máquinas, renovando la artillería con proyectos nacionales, etc., y formando a las dotaciones en los nuevos buques y mecanismos. Al final de los veinticinco años de dicho reinado, la Armada contaba con nada menos que siete fragatas blindadas, once fragatas de hélice, veintisiete buques de hélice de segunda y tercera clase, veinticinco vapores de ruedas, once transportes de vapor y dieciocho cañoneros de vapor, una corbeta de vela, tres bergantines y cinco urcas de vela, además de buques desarmados o afectos a tareas auxiliares. Nada menos que ciento siete buques y diez más en desarme o auxiliares.

Aquello situaba a la Armada de nuevo como la tercera potencia naval del orbe, solo superada por la británica y la francesa, aunque la distancia respecto a ellas se había hecho mucho mayor que a fines del XVIII.

Pero no todo son las cifras de buques. Lo significativo fueron las misiones que afrontaron, en todos los mares en ese periodo. Así, tenemos las grandes expediciones a Portugal e Italia, las intervenciones en México o Santo Domingo, en la guerra de África de 1859-60, la ocupación de las Chafarinas o la puesta en marcha de la ocupación española en Guinea.

Y si hablamos del Pacífico español, proseguían las tareas de exploración y cartografía de un territorio tan vasto, la lucha contra la piratería en Filipinas, la importante participación española

en la campaña de Cochinchina (actual Vietnam) y otras acciones llevadas a cabo en esta aún poco conocida área, más de la tercera parte de la extensión del planeta.

Pero el acontecimiento más señalado fue la llamada «campaña del Pacífico», en la que España, por errores políticos y diplomáticos, se vio enfrentada a las naciones hermanas de Chile y Perú, y más secundariamente a Bolivia y Ecuador. Su momento cumbre fue el combate del Callao el 2 de mayo de 1866.

En el libro al que hago referencia en este artículo, los autores académicos describen ampliamente las biografías y hechos de cuatro de los almirantes representativos del resurgir naval español de mediados del XIX. No fueron los únicos, por supuesto, y esperamos la redacción de nuevas biografías de otros marinos que figuran en los escalafones de aquel tiempo, y que lograron salir del estado catatónico al que nos hemos referido al principio, donde se mantuvieron guerras en mares muy alejados de la Península y librados, a veces, con dotaciones a «medio sueldo y media ración de Armada».

Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Radio 5 Todo noticias

Resumen.

Tras el estado catatónico en que quedó la Armada española después de la guerra de la Independencia y las guerras de emancipación americanas, guerras que se libraron con la gente a «medio sueldo y media ración de Armada», un fulgurante resurgir naval español se hizo realidad a mediados del siglo XIX al existir una firme voluntad política de rehacer su poder naval.